

Lo que debe ser un Museo Nacional

Vida Cultural, por Rafael Suárez Solís

EN la oportunidad de ponerse en función de museo el nuevo edificio llamado Palacio de Bellas Artes—título final de un proceso sin principio—llegan a mis manos dos informes, que debo dar a conocer y estoy obligado a comentar, sobre **museología**, valga la palabra. El uno se refiere al 150 aniversario de la Academia de Arte de Filadelfia, y lo firma Norman Smith. El otro, publicado en un periódico de París, se titula "El museo ideal", y lo firma Richard Dupierreux, de la Real Academia de Bruselas, como comentario a una obra de M. H. Tietze que el articulista llama un **bello libro**. Ambos trabajos, productos responsables de una alta preocupación nacionalista, encierran enseñanzas que el Gobierno de Cuba debe tener presentes a la hora de emprender una aventura de tamaña importancia, ya que un museo no tiene por qué presumir, como primera pretensión, de nacer en **pañales de príncipe**. Se nace como se puede y se llega a donde el deber impone. Muchas dinastías reales y muchas familias nobiliarias han tenido cuna humilde. Ganar un título, mantenerlo y darle esplendor a través de los siglos es una hazaña que pondera la Historia. Improvisarlo, sostenerlo en los juegos del lecho conyugal y lucirlo como un perifollo de la vanidad sirve sólo para dar fama a los compositores de operetas: "La viuda alegre", "El conde de Luxemburgo", "El príncipe estudiante"...

Permítaseme, antes de entrar en materia, recordar que mi "Justo de Lara" lo conseguí en 1940 con un artículo titulado "La Constitución de 1823", donde decía: "Vermay murió hace ciento seis años. No fué político. Ni siquiera cubano. No era Cuba en su tiempo una nación. Ni podía tampoco interesar gran cosa a Vermay la independencia de Cuba. Era francés. Y pintor. Y músico. Y escultor. Y poeta. Y sin embargo, la actualidad debiera rendirle un homenaje más popular que el ofrecido el jueves junto a su tumba por un escasísimo número de artistas y escritores". Y terminaba: "Cuando esos homenajes tengan una resonancia popular—y ello es empeño del Instituto Nacional de Artes Plásticas y Pictóricas—en verdad podrán ufanarse los cubanos de haberse constituido dignamente; de haber dado a Cuba una Constitución que la defina como una obra de arte y del tiempo".

Quizá el lector de hoy se pregunte a qué Instituto Nacional de Artes Plásticas y Pictóricas me refería en aquel artículo. No existe; pero existió. Se acordarán de él, por lo me-

nos, el doctor Aurelio Fernández Conchoso, el doctor José María Chacón y Calvo y algunos de los que, también vivos, figuraban como miembros. Se fundó siendo el doctor Fernández Conchoso ministro de Educación, el doctor Chacón y Calvo, director de Cultura de aquel Ministerio y yo jefe de Bellas Artes de dicha dependencia ministerial. Nos las prometíamos muy felices. Ningún propósito artístico de repercusión pública debía prescindir de la preocupación, vigilancia y laudo del Instituto, si la cultura, como se consigna en la Constitución de la República, ha de rendir una función social. Figuraban en aquel organismo profesores, artistas, críticos, estudiosos y amantes de las Bellas Artes, cuidadosamente elegidos para que en los debates estuvieran representadas todas las tendencias y los acuerdos tuviesen ese sentido de la diversidad que enriquece lo bueno si se talla con infinitos planos. Claro que uno de los proyectos principales del Instituto era lograr el Museo Nacional, con asiento en lo que entonces todavía maltrataba a al capital de la República con el nombre de Mercado del Polvorín. La discreción no nos autorizaba a pensar todavía en el Palacio de Bellas Artes. Y de puro discretos hemos pasado, como fundadores, a presenciar la muerte del Instituto y el nacimiento del Palacio, sin que la cultura artística haya ganado un ardite. Y haber perdido en cambio lo poco bueno que habíamos logrado. Las navajas de Albacete no dieron paz al resentimiento en cuanto volvíamos las espaldas. El señor Aurelio Fernández Conchoso ha vuelto al Ministerio de Educación. Y yo le brindo estos recuerdos por si le parece bien considerarlos en esta nueva etapa de su misión educativa.

"¿Qué es un Museo Nacional?", se pregunta Richard Dupierreux al comentar el libro del inglés M. H. Tietze. Y se contesta: "A esta pregunta se le pueden dar dos respuestas que parecen, de entrada, inconciliables; pero que, según la evolución de las ideas y la administración de las cuestiones humanas, pueden armonizarse y confundirse".

Pero antes convendría poner en el primer lugar del comentario lo de la Academia de Arte de Filadelfia. Y eso será mañana. Que el tema no es como para despacharlo de un plumazo o dejarlo a la desconsideración del tiempo; tan propicio el de aquí para que las primeras piedras de toda buena idea se queden en fastuosos monumentos, vacíos como los bíblicos **sepulcros blanqueados**.

SM, marzo 2/45



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA